

por los aledaños de la cuestión, tratando de sacarla a superficie, acaso tendría que hundirse de nuevo en la fórmula antigua, que nada define, pero que endereza el asunto hacia su fuente: "El estilo es el hombre". El estilo es la mente, el espíritu, la cultura, el alma, la conducta, la vida anterior, la real y la soñada, más los viajes, los amores y los odios, la ocupación habitual, el desinterés, la codicia, la soledad, el disimulo, la franqueza, es decir, el hombre mismo y cuanto a través de los años, ha venido a estrellarse en él para resonar o estarse ahí en silencio, esperando.

ALONE.

*El Mercurio.*

Santiago de Chile, 26 de septiembre de 1948.

### INVITACIÓN A LA POESÍA DE ALFONSO REYES

DESDE que escribí hace unos años un breve comentario sobre los *Dos o tres mundos* que con su buena mano de siempre organizó Antonio Castro Leal en las ediciones de Letras de México, he sentido deseos de escribir acerca de la poesía de Alfonso Reyes. A ello me mueve, hace ya mucho tiempo, el deseo de destacar en la obra de Reyes la parte que a mí —frente a la mayoría de las gentes— se me antoja esencial por diversas razones. Quizá no puedan esgrimirse éstas como valederas con esa rotundidad con que ahora se me escapa la afirmación a los puntos de la pluma, sobre todo si se deja uno intimidar o vencer por la importancia, el encanto o el interés de otras facetas de su obra. Pero ello no mengua en ningún caso en mi convicción ni en mi gusto el valor que quiero darle a esa afirmación y que intentaré darle en las líneas siguientes.

Volviendo al comentario de *Dos o tres mundos* —releído ahora—, veo que señalaba yo entonces que Castro Leal había prescindido en la arquitectura de aquel libro de las obras que pudiéramos llamar científico-literarias y de la poesía en verso de Reyes. Y que esta omisión —la de los versos— no era omisión del poeta Alfonso Reyes, que estaba presente en *casi* todos los ensayos y cuentos que había recogido el antólogo. Subrayo el *casi* porque me parece ahora inadecuado y carente de sentido: el poeta que es Alfonso Reyes no estaba entonces ni puede estar ahora en *casi* todo lo que escribe, sino absolutamente en todo. Su poesía —lo aprecien así o no quienes anteponen a ella determinada o determinadas regiones de su escritura total— es algo así como el centro y la esencia última de su obra. Es más, si Alfonso Reyes no fuera, antes que cualquier otra cosa, poeta —y precisamente el poeta Alfonso Reyes—, su obra no tendría la calidad que tiene ni ofrecería al lector que se adentra por ella ese equilibrio, ese tono medido, esa gracia precisa y fina que la caracterizan.

Yo no me atrevería a afirmar que la poesía de Alfonso Reyes



sea lo más importante de su obra importantísima, ni aun siquiera —aunque ello no acabe nunca de saberlo a ciencia cierta, sobre todo ante ciertos poemas— que sea su poesía lo que más me remueva e interese dentro del rico conjunto. Pero sí creo que Reyes es ante todo poeta, y que todo lo suyo —crítica, pensamiento, historia y teoría literaria, relato, ensayo general— está informado directamente por su inteligencia poética y precisamente por ella. En el libro más abstracto e intrincado que pudiera encontrarse a Alfonso Reyes, en el tema o problema más alejado de la poesía que pueda asediarse, surge una como chispa poética que lo electriza todo, que le presta una luz especial a lo que se dice. Y en toda la organización y disposición de sus materiales se hace patente el sentido poético. El poeta está siempre presente en su obra no estrictamente poética, dándole en definitiva ese tono que hay en todos sus escritos que los hará más perdurables todavía.

Enrique Díez-Canedo, certero y justo siempre, se preguntaba al aparecer *Huellas* cuál era el verdadero Alfonso Reyes y se contestaba en seguida que todos, pero apoyaba su respuesta en la verdad del verso: “el verso nunca miente”. El erudito y el escritor, el ensayista “rico de jugo personal, de experiencia viva”, que era ya Reyes por aquellos días de 1922 se resumían en cierto modo para él en aquel itinerario poético de casi quince años (1906-1919) que le entregaba a un Alfonso Reyes que comprendía a todos los demás, que era igualmente verdadero en ese “todos” inmerso en el poeta que motivaba pregunta y respuesta. El poeta Alfonso Reyes, que se hacía presente como tal, con un libro en la mano, mucho después de darse a conocer como crítico e investigador literario, abarcaba y corroboraba a todos los otros Alfonso Reyes, daba testimonio de ellos con la verdad de su verso. El verso no mentía y entregaba a nuestro don Enrique la medida y en cierta manera la clave de todos los otros aspectos de la obra —ya por entonces crecida— del escritor mexicano.

Quizá insistir sobre el verso mismo —que como tal tiene su propio campo, rico en matices y en colores y acentos— pueda de-

bilitar el argumento general frente a los que considerarán incluso una herejía anteponer el poeta Reyes al humanista, crítico, ensayista y todos los demás etcéteras que cabe añadir para adjetivar a este “varón literario” por excelencia. Pero triunfadora en el verso y del verso, fuera de él, en todos sitios, está la poesía de Alfonso Reyes, y lo que sostenemos es que ella es esencial en su obra toda, que constituye —aparte de lo que es en la obra aisladamente, con su palabra y su mensaje propios— la fuerza evidente o secreta, resplandeciente o escondida que la recorre y sustenta. Insistimos en que si no fuera fundamentalmente poética la inteligencia de Reyes, si Reyes no hubiera tenido para alimentar la gran hoguera armoniosa y equilibrada de su obra total el fuego de su poesía, —armonioso y equilibrado también, sereno casi siempre—, sus libros serían muy otros y hubieran carecido de ese tono preciso, distinto —quizá el más próximo a la perfección entre los escritores contemporáneos de nuestra lengua— con que nos acercan su luminosa escritura.

PERO el artículo que nos proponíamos escribir —y la atención se nos ha ido escapando en las lecturas hechas para escribirlo hacia muchos caminos— pretende ceñirse a la obra estrictamente poética de Reyes y, de modo más preciso, a la obra poética en verso, dejando a un lado al poeta en prosa que nos entregan muchos de sus cuentos y relatos, *cartones* y *visiones*, recuerdos y semblanzas y todas aquellas travesuras que el mismo Castro Leal le cargaba en cuenta a Alfonso enfrentado a su Reyes inseparable en aquel memorable diálogo que les hacía sostener en su “fantasía a dos voces”.

Proporcionalmente, la poesía de Reyes, o de Alfonso, no merece en cantidad al lado de otros aspectos de su ya enorme bibliografía. Son diecisiete los libros de poemas que lleva publicados quien en el prólogo del primero de ellos afirmaba: “Yo comencé escribiendo versos, he seguido escribiendo versos y me propongo seguir escribiéndolos hasta el fin: según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos”. Quizá no sobre enumerarlos antes de entrarlos por su contenido y saltar de uno a otro, para llegar a los versos



que vendrán en próximos volúmenes, "al paso del alma" siempre incansable del poeta mexicano. Aparte de *Huellas*, ya mencionado, y que editó en su Biblioteca Nueva España el veterano Andrés Bortas, México, 1922, Alfonso Reyes ha dado a las prensas los siguientes títulos de poesía:

*Ifigenia cruel*, Madrid, S. Calleja, 1924 (Segunda edición: México, La Cigarra, 1945);

*Pausa*, París, 1926;

*5 casi sonetos*, París, Poesía, 1931;

*Romances del Río de Enero*, Maestricht, 1933;

*A la memoria de Ricardo Güiraldes*, Río de Janeiro, 1934;

*Golfo de México*, Buenos Aires, 1934.

*Yerbas del Tarahumara*, Buenos Aires, 1934;

*Minuta*, Maestricht, A. A. M. Stols, 1935;

*Infancia*, Buenos Aires, Asteria, 1935;

*Otra voz*, México, Fábula, 1936;

*Cantata en la tumba de Federico García Lorca*, Buenos Aires, 1937;

*Villa de Unión*, México, Fábula, 1940;

*Algunos poemas*, México, 1941;

*Romances y afines* (1916-1943), México, Nueva Floresta en la Editorial Stylo, 1945;

*La Vega y el Soto*, México, Editora Central, 1946.

*Cortesía*, México, Editorial Cultura, 1948.

Algunos de estos libros son pequeñas *plaquettes* que contienen a veces un solo poema, como *Yerbas del Tarahumara*, el poema a Güiraldes o el dedicado a la muerte de Federico García Lorca, y el emocionante *Villa de Unión*, en que el amor filial recoge devotamente, con sobriedad ejemplar, el relato de una hazaña del general Bernardo Reyes en 1880.

Sería curioso, y es labor que habrá de emprender forzosamente quien intente un estudio a fondo de la poesía de Alfonso Reyes,

establecer y fijar a través de las reiteraciones las preferencias del poeta por algunos poemas a lo largo de su obra. Dos o tres de ellos tienen en la organización de sus libros el papel de elementos casi constantes y podrían servir quizá —por lo menos desde el punto de vista del propio autor— para señalar lo que él considera permanente en las diversas épocas y maneras de su poesía. En ese sentido tiene un valor inapreciable *La Vega y el Soto*, organizado con un claro y evidente afán antológico aunque deje precisamente fuera de sus páginas muchos de los poemas de antología que el poeta había mantenido en otros libros anteriores. El libro abarca prácticamente entre sus fechas (1916-1943) la casi totalidad de la producción poética del autor. Con su mismo título —tan de Alfonso Reyes por su sabor clásico, y tan expresivo de su poética con lo llano de la vega y lo intrincado del Soto que para él vió el licenciado Tomé de Burguillos— cumple ya el poeta mexicano, aun dentro de la acumulación de poemas de distintas épocas que representa el tomo, un proceso de depuración y de poda que se inició desde el primer libro suyo, cuando declaraba en el prologo: "De los versos antiguos he procurado salvar cuanto era posible, esforzándome dolorosamente por respetar y aceptar lo que ya apenas es mío. De los versos nuevos sólo doy algunas muestras aisladas". (De *Huellas*, por otra parte, aún queda algún poema en *La Vega y el Soto*, salvado para la unidad de una obra poética que van redondeando el tiempo y el poeta). Estas muestras aisladas de lo entonces nuevo eran las que todavía podían engarzarse y reunirse con los versos anteriores, para prestar al libro —rico en temas distintos, muestra a su vez de primeros tanteos llenos de pericia, de gustos y aficiones definidos más por los días que los recogían que por el espíritu mismo del poeta joven— la necesaria unidad siempre sentida por Reyes en todo lo suyo. De aquí lo representativo de *Pausa*, no ya poéticamente hablando y como conquista de nuevos contenidos y formas, sino en ese camino mismo hacia la unidad y hacia la depuración de materiales y, también, como afirmación y reafirmación de lo que seguía teniendo valor para el poeta unos años después.



Incorporado al nuevo libro —exigente ya del todo consigo mismo, hasta en el papel y los tipos—, recibía el espaldarazo de una adhesión en cierto modo definitiva. En efecto, la huella definitiva de *Huellas* queda indeleble en la primera parte de *Pausa*, que va a fijar con su publicación (1926), si dejamos aparte el poema dramático *Ifigenia cruel*, diez años casi de la poesía de Reyes, los que van de 1922 a los *Casi sonetos* de 1931. Con “gusto de releer; y, sobre todo, lo que no estaba impreso de igual modo” (P. L. Bibliophile Jacob), queda ahí —hecha para siempre— la antología del primer libro de Alfonso Reyes, que se sostiene, a nuestro entender y gusto, sobre la *Tonada de la sierva enemiga* tan llena de claro misterio, la conocidísima *Glosa de mi tierra*, la preciosa y sensual *Amenaza de la flor*, y el aire perfecto, llena de sabor nuevo la recreación fiel de la traducción, del *Abanico de Mlle. Mallarmé*, piezas, las cuatro, capitales en toda la primera poesía de Alfonso Reyes y quizá en toda su poesía.

Pero volvamos a *La Vega y el Soto*, que tiene para el lector de poesía la virtud de reunir en sus páginas poemas que se habían quedado perdidos en ediciones limitadísimas, inasequibles prácticamente en el día de hoy. Señalábamos más arriba que en este libro se cumple el proceso de depuración iniciado por Reyes desde su primera obra poética. Y es así, porque aunque el libro reúne los materiales dispersos aludidos, el poeta ha cuidado su disposición de tal manera que cada una de las partes en que lo divide y las subdivisiones respectivas señalan y matizan los temas de su poesía a lo largo de toda su vida. Si bien Alfonso Reyes es indudablemente un poeta difícil de analizar —y de ello hablaremos después—, quien se acerque a su poesía con ánimos de estudiarla no podrá quejarse de las facilidades que le brindan el cuidado y la atención siempre vigilantes del poeta. Todos los poemas tienen su fecha al pie e indicación generalmente del lugar en que fueron escritos. Ello permite seguir la evolución de un tema o de temas análogos a lo largo de muchos años e incluso situar los poemas en una geografía

que arroja sobre ellos una luz especial y en muchos casos podríamos decir que hasta los determina, no sólo, naturalmente, cuando es su paisaje (poeta de paisajes, Reyes) el que los provoca, sino cuando se corresponde ese paisaje, dentro ya de un clima sentimental, con determinados momentos de la vida del poeta. Casi me atrevería a afirmar que con varios poemas de Alfonso Reyes se podría reconstruir su biografía entera, sus dolores y esperanzas de Madrid y de París, sus alegrías y placeres de Río de Janeiro y Buenos Aires, la nostalgia constante de México en todos sitios, su tierra mexicana siempre presente. (¿Quién ha dicho que Alfonso Reyes, con la lejanía de sus largos años en el extranjero, se había olvidado de lo suyo y de los suyos? Que lea o relea con atención su poesía —y no digamos otros libros suyos que han contribuido quizá en mayor medida que nadie al conocimiento amoroso de México— si quiere averiguar lo que Reyes llevaba en el hondón de su pecho, su ternura siempre a flor de labio. Creo, por otra parte, que son muy pocos los poetas contemporáneos de México que resistirían con ventaja un cotejo de temas mexicanos en su obra frente a la del poeta de Monterrey).

Esa constancia a través de los años en un tema determinado, ese volver con voz nueva —siempre renovándose en su acento formal—, con aliento distinto, a lo que ayer se señaló sólo, podría llevarnos a hacer una serie de consideraciones sobre la unidad de Alfonso Reyes, unidad patente sobre la diversidad de sus maneras y sobre lo encontrado de sus temas, tan distintos, tan variados, tan ricos. Así como el lector a *La Vega y el Soto* por lo menos, y lo comprobará de inmediato. Los otros libros, en general, están organizados más parcialmente, son libros solos y por sí solos, cerrados en su propio aire, en su poema largo de pequeños poemas vecinos en la emoción y en el tiempo. En éste se reúnen varios y muy distintos libros, pero esa unidad surge triunfante no ya en cada una de las partes del libro (vega o soto), sino en todo él. Hay una voz